

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

Sección Oficial

Acta de la sesión pública del día 8 de Marzo de 1903

Bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal Casañas, Obispo de la diócesis, acompañado del concejal del Ayuntamiento, Sr. Albó; del canónigo doctor Casañas; del secretario de Cámara y Gobierno doctor Salvia; de los PP. Provincial y Rector de la Escuela Pía, reverendos Mirats y Píera; del P. Colomer, Rector de Villanueva y Geltrú; del director de la Academia P. Anglada, presidente Sr. Burgada y Juliá, vicepresidente Dr. Parpal y Marqués y de otros padres escolapios é individuos de la Junta y representantes de distintas corporaciones, celebró la Academia Calasancia la sesión pública reglamentaria dedicada á su patrón Santo Tomás de Aquino.

Recitaron poesías del P. Santaeugenia los académicos señores Martínez, Dominguez y Gaspar; una del P. Oliver el vicesecretario Sr. Montllort y otra del P. Garrido, el académico D. Eduardo Fernandez Díaz, cosechando nutridos aplausos.

El infrascrito secretario dió lectura á su poesía dedicada á Santo Tomás y el Académico Sr. Sala y Bonfill complació á la concurrencia con la lectura de su composición literaria en prosa, titulada «Poeta angélico», en la que ensalza á Santo Tomás por sus inspiradas poesías místicas.

El presidente de la Academia, don Juan Burgada y Juliá, pronunció el discurso de fondo, que versó sobre la necesidad del estudio de la filosofía, difundiendo sus enseñanzas entre todas las clases de la sociedad.

Lamentó el desuso en que habían caído los estudios filosóficos y en particular los referentes á la Metafísica, á consecuencia del enervamiento producido en las inteligencias por la multitud de sistemas que vertiginosamente fueron sucediéndose desde que Descar-

tes formuló la «Duda metódica», decayendo en el moderno positivismo.

Los portentosos adelantos materiales realizados en el siglo XIX han contribuido á afirmar más y más la creencia en la inutilidad de los estudios especulativos, sin echar de ver que por haberse prescindido de los mismos hay que lamentar una notable desproporción entre el progreso del mundo físico y el proceso moral de la humanidad; por lo cual pudo proclamar Brunetiére la bancarrota de la ciencia.

Para remediar este mal—añadió el orador—es necesario restablecer los estudios filosóficos, procurando que cada hombre—aún el de más humilde condición—sea un filósofo dentro de su propia esfera; sin entender por filosofía solamente determinados sistemas de los sabios, sino además, como dice Balmes, la facultad que Dios ha concedido al hombre de meditar sobre las causas y efectos de las cosas. El día en que cada hombre tuviese criterio propio para dirigir su voluntad, es decir, pensase con su cabeza y obrase racionalmente, aquel día quedaría deshecho el socialismo y habría desaparecido el peligro del anarquismo.

Pero hay que tener en cuenta que la filosofía no puede en sí misma contener las más grandes verdades, porque es limitada como la razón humana, y por esto necesita el complemento de la Revelación divina, sin la cual nada podríamos saber más allá del entimema de Descartes ni más allá de «lo incognoscible» de Spencer. En la armonía que descubre el pensador entre la verdad revelada y la verdad científica se apoya la verdad absoluta que con tanto afán busca la inteligencia humana.

Por esto el Sr. Burgada y Juliá proclamó como mejor maestro á Santo Tomás de Aquino, cuyas doctrinas enalteció en calurosos períodos, abogando por la popularización de las mismas.

El orador fué muy aplaudido.

El Cardenal Obispo, que al entrar en el salón había sido recibido con grandes aplausos mientras se ejecutaba en el piano la Marcha Real, puso fin al acto que se celebraba con una notable improvisación, felicitando á la Academia por la labor que realizaba, recomendando á la numerosa concurrencia que apoyara á tan benemérita corporación, y refiriéndose al discurso del Sr. Burgada, á quien tributó justos elogios, hizo importantes consideraciones sobre los puntos tratados, y en particular en lo referente á la falta de filosofía aún en personas dotadas de talento y alta posición. Negó el Cardenal Casañas que la libertad del error sea un progreso, refutando enérgicamente esta doctrina, y terminó dando su pastoral bendición al numerosísimo auditorio.

La parte musical, confiada á los Sres. D. Emilio Bordas (violin), D. José Moya (violoncello) y D. Fernando Vía (piano), brilló á gran altura, demostrando los jóvenes concertistas que son verdaderos maestros en la interpretación de las difíciles obras de los más celebrados compositores.

Barcelona 8 de Marzo de 1903.

El Secretario

ANTONIO BRUNA Y DANGLAD

Acta de la sesión privada celebrada el día 15 de Marzo de 1903

Después de rezadas las oraciones acostumbradas dió comienzo á la sesión, siendo aprobada el acta de la anterior. Presidió el señor Burgada y Juliá y asistieron los académicos Sres. Alomar, Cordoni, Culebras, Castany, Estrada, Fernández, Giménez, Güell, González, García, Heriz, Lucena, Marsal, Muela, Marcos, Moretó, Martorell, Olivar, Oliver, Parpal, Parés, Péris, Ponti, Peig, Pons, Rumeu, Rodríguez, Senillosa, Soro, Sánchez (A. y J.), Tapies, Viladoms y el infrascrito.

Dió cuenta el señor Presidente de la contestación recibida al telegrama enviado por nuestra Corporación á S. S. con motivo de su Jubileo pontificio y de un oficio remitido por la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, invitando á los Ejercicios espirituales que celebrará en la iglesia de los PP. Jesuitas.

Participó á los señores académicos que existen cinco vacantes de académico de número, las cuales deberán proveerse, según reglamento, y que se ha prorrogado el plazo de admisión de trabajos para el certamen entre académicos hasta fin de mes.

Participó asimismo el haber ofrecido un generoso donante la cantidad de 100 pesetas para premio en un Certamen entre todos los académicos, y cuyas bases se publicarán oportunamente.

La Academia acordó constara en acta la complacencia de la misma por el premio ofrecido, y á propuesta del Sr. Martorell, la satisfacción por haber sido elegido diputado provincial el académico Sr. Bertrán y Musitu.

El Sr. Peig pidió la palabra para proponer que la Academia acordara protestar contra un Real decreto recientemente publicado, y á ruego de la Presidencia manifestó se refería al relativo á la reforma del Notariado.

El Sr. Viladoms se adhirió á lo propuesto por el Sr. Peig, y el Sr. Parpal y Marqués combatió dicha proposición, porque si bien particularmente se mostraba ostensiblemente contrario al Decreto,

como académico debía oponerse á que la Corporación tomara acuerdo alguno por entender no era la proposición conforme á los fines de la Academia.

Suscitóse algún debate y acordado suficientemente discutido el asunto, la Presidencia manifestó que tratándose en efecto, de algo ajeno á los fines de la Academia, no era procedente que ésta se inmiscuyese en una cuestión de gobierno, como así lo han entendido otras asociaciones de la misma índole, ninguna de las cuales se ha ocupado en el decreto del Sr. Dato; pero que dado que de la Academia formaban parte muchos letrados á quienes en más ó en menos podía interesar la reforma del Notariado, no tenía inconveniente en que se constituyese una comisión de los mismos para que acordase lo que estimara conveniente en el concepto de «letrados de la Academia Calasancia,» pero independientemente de ésta considerada como entidad social.

Puesto á votación lo propuesto por la Presidencia, fué aprobado con los votos en contra de los Sres. Viladoms y Marsal, y en su virtud la Presidencia delegó al Sr. Parpal en su calidad de Vicepresidente y letrado para que nombrara y convocara la comisión aludida.

En la tercera parte, el Sr. Martorell dió principio al desarrollo del tema enunciado sobre «Origen de la célula.»

Después de un breve prólogo en el que demostró la importancia del estudio de la citología en general y del de la citogénesis en particular, entró de lleno en el estudio de las teorías celulogénicas que clasificó en teorías que suponen que las células no provienen de otras células (desarrollo interrumpido) y teorías en las que las células provienen de otros individuos celulares (desarrollo continuo).

Entró, el ponente, en el estudio de la generación espontánea, refutando en seguida las principales pruebas de la espontaneidad basadas en los experimentos de Pouchet y Onimus; citando los antagónicos de Spallanzani, Pasteur, Swann, Schultze y Tyudall.

Habló luego de la teoría del blastema, estableciendo primeramente la diferencia entre la espontaneidad y la teoría blastemática, suspendiendo en este punto el desarrollo de la tesis, debido á lo avanzado de la hora.

Y después de anunciar el Presidente la celebración de la próxima sesión privada para el domingo siguiente, levantó la sesión.

Barcelona 15 de Marzo de 1903.

EL SECRETARIO,

ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

El próximo domingo, día 5 de Abril, celebrará la «Academia Calasancia» sesión privada, en la cual el académico D. Rafael Soro desarrollará el tema «Causas de la criminalidad moderna.»

Lo que se anuncia para conocimiento de los señores académicos.

Barcelona 31 de Marzo de 1903.

EL PRESIDENTE,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

EL SECRETARIO,

ANTONIO BRUNA Y DANGLAD.

La «Academia Calasancia» asistirá en corporación á los solemnes oficios que se celebrarán el Jueves y Viernes Santos en la iglesia de San Antón de PP. Escolapios, recibiendo los académicos en el primero de los citados días la Sagrada Comunión y adorando la Cruz en el segundo.

El Viernes Santo, por la tarde, acompañará la Academia á María Santísima en su Soledad con la función de la *Tarde Sacra*, estando las meditaciones á cargo de P. Portería, escolapio. Las invitaciones para este acto podrán recogerse á su debido tiempo.

Lo que se avisa á los señores académicos, invitándoles encarecidamente á los citados cultos.

Barcelona 31 de Marzo de 1903.

El Presidente,

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

El Secretario,

ANTONIO BRUNA DANGLAD.

LA REDENCIÓN

Redemisti nos Deo in sanguine tuo (Apoc. c. 5 v. 9)
Nos redimisteis para Dios con nuestra Sangre.

I

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y su afrentosa Muerte de Cruz en el Calvario pusieron sangriento término á su vida de abnegación y sacrificio, que se eclipsó durante tres días para renacer inmortal y gloriosa, y fueron la realización y cumplimiento del amorosísimo decreto de Redención que, dado desde toda eternidad, había de extender su eficacia y virtud á toda la serie de los tiempos sin agotarse ni en la consumación de los siglos. ¡Oh! la eficacia y valor de la Pasión y Muerte de nuestro Redentor ¿quién podrá contarlos? Los resultados temporales y eter-

nos de este misterio de amor ¿quién podrá comprenderlos ni abarcarlos en toda su extensión como no sea el mismo Dios que pudo concebirlo y realizarlo? ¿Quién podrá tan siquiera levantar la punta del misterioso velo que encubre tan insondables arcanos? ¿Quién sin temeridad será osado á penetrar en abismos de santa profundidad?

Y sin embargo Dios nos llama á meditar en la obra de su caridad y en estos días por boca de su Profeta nos convida á considerar la grandeza de sus dolores y á medir la eficacia y extensión de su sacrificio, preguntándonos si hay dolor semejante al suyo y si podía hacer nada más por nuestra salvación. *Quid ultra debui facere et non feci?* (Isai. c. 5, v. 4). Acudamos al amoroso llamamiento y consideremos con humildad el resultado y frutos de la Pasión del Salvador.

Tres entidades intervienen en el sangriento drama del Calvario: Dios que lo ordena, Cristo Jesús que lo realiza y el hombre que es de él el principal objeto. Así, pues, los frutos de la Pasión pueden considerarse bajo este triple aspecto, con relación á Dios, cuya gloria procuran, con relación á la sacratísima Humanidad de Cristo, cuya exaltación merecen y con relación al hombre cuya redención alcanzan. Efectivamente, el sacrificio de Jesucristo es ante todo manifestación de la bondad y grandeza, de la justicia y misericordia, de la sabiduría y amor de todo un Dios y por consiguiente es espléndida manifestación de su gloria. Porque ¿qué otra sabiduría sino la de Dios mismo podía idear tan completa solución del insoluble conflicto que en la creación planteó el pecado de nuestro primer padre entre Dios ofendido por su criatura y la criatura impotente para desagraviar á Dios? Ni ¿qué otra bondad sino una bondad y misericordia infinita podían resolverse á dar por la salvación de la criatura la sangre y vida de quien es Hijo de Dios vivo? La justicia de Dios queda también revelada en toda su grandeza al exigir como debida satisfacción, como reparación de la ofensa recibida no menos que una víctima infinita y al buscar la magnitud de la ex-

piación en la medida de su propio Ser. Así brillan de consuno en la Pasión de Jesús con esplendores inasequibles á la débil pupila del mortal el Poder divino que tal maravilla realiza, el Amor que tal víctima ofrece, la Santidad que tal reparación exige, la Generosidad que tan sobrea-bundante satisfacción prepara, la Verdad, la Caridad, la Fortaleza, en una palabra, la longitud y anchura, la latitud y profundidad de las perfecciones de Dios, como dice San Pablo.

La sacratísima Humanidad de Cristo granjeó también para sí abundantísimos, infinitos frutos, mereciendo una exaltación y un nombre, que están sobre todo nombre y toda exaltación; porque el nombre de Cristo, que habrá de morir en el Calvario, es el de Jesús Salvador, ante el cual doblan su rodilla todas las potestades celestiales, terrestres é infernales, y la exaltación de su Humanidad gloriosamente resucitada se elevará hasta el trono mismo del Altísimo, sentándose á la diestra de Dios Padre para dominar sobre toda criatura y ser árbitro y juez de vivos y de muertos.

Por mérito de rigurosa justicia, dice Santo Tomás de Aquino, (Sum. p. 3.^a, q. a), debe ser exaltado y enaltecido el que voluntariamente se humilló y rebajó su dignidad, sometándose á oprobios y abatimientos indebidos, por la misma razón que debe justamente ser abatido y castigado el que se excede de su derecho. Así, pues, nuestro divino Redentor, ofreciéndose por voluntad de Dios y amor nuestro á la muerte del cuerpo, que por ningún motivo le correspondía, mereció para su Humanidad sacratísima la gloria de la Resurrección; bajando su cuerpo al sepulcro y su alma á los profundos abismos alcanzó el premio de la gloriosa Ascensión á los cielos; sujetándose al baldón y al oprobio ganó un trono de gloria á la diestra de Dios Padre; sometándose, por fin, El, que era el Justo por excelencia y la Santidad substancial, al inicuo juicio de los hombres y á la infame sentencia capital, conquistó el poder por el cual ha sido constituido Juez supremo de to-

dos los hombres. ¡Oh! que elevada gloria! ¡Oh! qué soberana exaltación la de Cristo no sólo por su condición natural de Hijo de Dios mediante la gracia de la Encarnación, más también por los merecimientos de rigurosa justicia conquistados á precio de tanto dolor, de tanta sangre, de tanta humillación en su divina Pasión y Muerte! Adoremos y reconozcamos, bendigamos y ensalcemos en el divino Crucificado, en El que está tendido y muerto sobre el leño de maldición, al Dios fuerte, al Príncipe de la Paz, al Rey de los siglos, al Juez supremo que nos ha de juzgar; acompañémosle con nuestra ternura y compasión en la hora de su humillación y abatimiento para tenerle propicio en el gran día de su exaltación y de su justicia.

II

Pero el aspecto de la Pasión y Muerte de Jesús que más de cerca nos atañe y que constituye la raíz y base de los dos anteriores, es la inmediata relación que aquellos divinos hechos guardan con la redención del humano linaje. Padeciendo y muriendo por nosotros Jesucristo ha obrado nuestra salvación, perdidos como estábamos por el pecado de nuestros primeros Padres, que abrió la puerta á la infinita serie de pecados actuales con que voluntariamente los hombres renovamos, reproducimos, multiplicamos y agravándolo ratificamos el primer agravio, nos hacemos esclavos de Satanás y contraemos la deuda de eterna condenación. De tan miserable estado, de tan abyecta suerte, de tan funesta degradación nos levanta nuestro Redentor á costa de su divina sangre y de su vida preciosísima.

El Doctor Angélico (Summ. qq. 48 et 49) con su habitual perspicuidad y clara lógica estudia ya en sí mismos, ya en el modo como la Pasión los obró, los efectos de esa caridad infinita con que Jesucristo se entregó á sí mismo por nosotros, *tradidit semetipsum pro nobis*, y arroja sobre ellos conforme á la doctrina católica torrentes de vivísima luz, que arrancan del pecho del creyente, mejor que gritos, ge-

midos de entusiasmo, de admiración y amor y de sus ojos ardientes lágrimas de ternura, de contrición y de gratitud inefables. Pregúntase el Santo Doctor de qué varias maneras, con qué diversos caracteres, en qué distintas formas la sagrada Pasión de Cristo obró nuestra salvación y qué saludables resultados produjo ella en consecuencia sobre nosotros; y remontándose á la causa primera de nuestra perdición, examina la profunda, desastrosa eficacia que el pecado ha ejercido y ejerce en el hombre, deduciendo de aquí los multiplicados efectos de la divina reparación y el modo y carácter con que la Pasión de Cristo realizó esta reparación misma. Dice y prueba efectivamente fundado en las santas Escrituras y en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia que la Pasión de Cristo obró nuestra salvación á modo de sacrificio, desagraviando á Dios, á modo de satisfacción, pagando nuestra deuda, á modo de rescate, librándonos de la esclavitud, á modo de merecimiento, ganándonos el cielo, por fin, á modo de causa eficiente, obrando todo esto por su propia virtud.

La razón es obvia. Consiste el pecado en la desobediencia á Dios y en el quebrantamiento de sus divinos preceptos y constituye por tanto una ofensa á su Autoridad soberana y un agravio á la majestad de su ser, agravio y ofensa que revisten cierta infinidad por ser infinito Dios, á quién se inferen. De aquí el profundo abismo que se abre entre Dios y el pecador, el estado de rebeldía contra la legítima autoridad de Dios, en que se coloca la criatura y la permanente aversión que media entre ambos en tanto que la ofensa no sea borrada y Dios no se da por desagraviado, mediante el arrepentimiento del culpable y la satisfacción dada á la Majestad ofendida. Pero hay aquí una diferencia enorme y radical entre el hombre y la criatura angélica; pues mientras que el puro espíritu, destinado por su propia naturaleza á recibir su completa perfección y felicidad luego de haber sido creado, es incapaz de arrepentimiento ó de caída, luego que por el primer acto de su voluntad libre ha fijado su suerte amando á Dios ó por el contrario, amán-

dose á si mismo, de Dios se ha apartado; el hombre destinado naturalmente á perfeccionamiento lento y á una bienaventuranza remota, es capaz de arrepentirse después de caído, y de caer tras de haber amado. Dichosa suerte después de todo la muestra que en la imperfección misma de nuestra naturaleza halla la posibilidad de una reparación, de que no es capaz el ángel caído. Por esto la sagrada Pasión y muerte de Jesús ha sido ante todo un sacrificio de reparación y de paz que ha aplacado la divina justicia y nos ha reconciliado con Dios.

Empero el pecado además de ser una ofensa á Dios, y por el hecho mismo de serlo, produce en el hombre infernal esclavitud y le hace reo de pena eterna. Produce esclavitud, porque, rechazados por el hombre en cuanto está de su parte el dominio y señorío de Dios, queda justamente sometido al dominio y esclavitud del demonio. De dos maneras, hace notar aquí el Doctor Angélico, domina Dios en sus criaturas: una en cuánto están éstas sujetas á su poder y le pertenecen por naturaleza; y bajo este punto de vista nunca cesa la criatura de estar bajo el dominio de Dios. En vano se jacta insensatamente el impío de una mentida independencia; de Dios somos, á El pertenecemos y en balde intentará el hombre sacudir su yugo. Otra manera de dominio es el que para felicidad de ellas ejerce Dios sobre las criaturas racionales por el amor y unión de caridad. Esta dominación para su propia desdicha pudo sacudirla y en realidad la sacudió el hombre y la sacude todos los días, desviando su voluntad del único que debiera ser objeto exclusivo de sus amores y por este desvío deja de pertenecer á Dios, convirtiéndose en rebelde y enemigo. Mas por lo mismo que deja de amar á Dios y obedecerle, no pudiendo su voluntad aniquilarse ni quedar inactiva, por el mismo hecho dirige y convierte su afecto hacia el espíritu del mal y se hace voluntariamente esclavo de él: apartándose de Dios se acerca al diablo, á cuyo dominio queda con justicia sometido. ¡Funesta malicia la del pecador que hasta cierto punto justifica lo injustificable: la injustísima

usurpación diabólica! Por este motivo el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo fué además un rescate, una redención, libertándonos de la esclavitud del demonio.

La culpa del hombre al apartarse de Dios quebranta el orden y desconoce los divinos derechos; importa de consiguiente una responsabilidad y un reato de pena que por el carácter infinito de la culpa ha de ser por necesidad reato de pena eterna. Los sufrimientos de Jesús inconcebibles en su intensidad é infinitos en su eficacia son los que satisfacen esta responsabilidad, esta necesidad de castigo, este reato de pena; y por tal motivo la adorable Pasión de Cristo reviste el carácter de satisfacción dada á la divina justicia, satisfacción no sólo suficiente para borrar los pecados del mundo, más también excedente y sobreabundante por ser Dios mismo quien la ha dado.

No queda todavía agotada la infinita eficacia de la Pasión y muerte de Jesús. No fué ésta solamente una reconciliación, un rescate, y una satisfacción: fué además un merecimiento de vida eterna, que la caridad de Cristo alcanzó para sí y para nosotros, abriéndonos las puertas del cielo. Aquí es de notar que siendo el mérito un acto puramente personal no podría sernos aplicado y ser considerado merecimiento nuestro, sino en cuanto por la caridad formamos una persona moral con Cristo y somos miembros de su Cuerpo místico, de quien es El la Cabeza; y esto explica también el porque habiendo Jesucristo padecido y muerto por todos los hombres, no todos desdichadamente perciben los frutos de su Pasión sacrosanta, que no nos son aplicados mientras no estemos con El místicamente unidos por la fe y la caridad. ¡Oh! que indefinidos horizontes, que insondables abismos, que inefables perspectivas abre á nuestros ojos la consideración de los padecimientos y muerte de todo un Dios.

Resumiendo concluiremos con Santo Tomás que esta Pasión sacrosanta en cuanto es de Dios posee virtud infinita y es *causa eficiente* de nuestra salvación; en cuanto procede de la voluntad, de la caridad de Cristo es *causa* de

merecimiento de vida eterna y considerada en los padecimientos de su Carne sagrada, es *sacrificio* que nos reconcilia con Dios, es *satisfacción* que paga nuestra deuda, es *redención* que nos libra de la esclavitud del demonio. ¡Jesús Salvador nuestro! ¡Jesús, Sacerdote eterno! ¡Jesús, Víctima infinita! ¡Jesús Fiador! ¡Jesús Libertador! ¡Jesús Redentor!

¡Oh divino Crucificado! Ante la Majestad que fulgura en ese trono de vuestra gloria, ante los rayos de inefable resplandor que saliendo de vuestra Cruz se levantan hasta el cielo para glorificar á Dios, ante la aureola de inmarcesible gloria que rodea á vuestra Humanidad sacratísima pendiente del sagrado madero, ante la corriente desbordada de gracias inagotables que cual gigantesca catarata se precipitan desde la cumbre del Calvario para inundar toda la tierra, ante el incesante efluvio de inspiración y gracia que en todas direcciones á mano de ese benditísimo Señor en favor de las criaturas, ante los ardores inextinguibles de amor y de reconciliación que brotan de su foco ardentísimo de vuestra Caridad divina, ante ese himno interminable de alabanzas que se levanta al eco de vuestro último suspiro é invade los espacios infinitos, ante el mismo fragor del trueno que anuncia vuestra muerte, ante el fulgurar del rayo que la ilumina, ante la obscuridad del sol que se oculta para no verla, ante el estremecimiento de las rocas y montañas que no pueden sostener el peso de un Dios muerto... nosotros miserables criaturas, nosotros, Señor, poseídos de admiración y de espanto, llenos á la vez de pavor y de confianza, temblando ante vuestra Majestad y atraídos por vuestra caridad, os clamamos y decimos con el centurión: *verdaderamente sois Vos el Hijo de Dios*; os clamamos y decimos con los innumerables coros de espíritus angélicos: *gloria y honor y alabanza sean dados al Cordero inmaculado*; os clamamos y decimos con toda la Iglesia, con todas las almas justificadas por vuestra Sangre, con todos los pecadores perdonados por vuestra Caridad, con todos los inocentes preservados por vuestra Gracia, con

todos los miserables auxiliados por vuestra Bondad... Cristo Hijo de Dios, Redentor del mundo ten piedad de nosotros. *Filii Redemptor mundi, Deus miserere nobis.*

F. SALLARÉS, *escolapio.*

¡Atended y ved si hay dolor que iguale á mi dolor!

Si en algo se manifiesta la oposición entre las máximas del mundo y los preceptos del Cristianismo, es en la diversa manera de explicar y recibir las tribulaciones y amarguras que nos aquejan en esta vida. El Cristianismo considera las tribulaciones como esenciales é identificadas con nuestra condición; el mundo como accidentes pasajeros; el Cristianismo las mira como una necesidad de nuestra caída y depravada naturaleza; el mundo como accidentes fortuitos que se puede y debe evitar; el Cristianismo ve en las aflicciones y adversidades otros tantos medios de expiación y purificación; el mundo, por el contrario, no ve en ellas más que otros tantos impedimentos para sus goces. De aquí es que mientras el mundo tiene por felices á los que se entregan á los deleites y pasatiempos, y admira y adora á los que, dando rienda suelta á sus desenfrenados apetitos, deslumbran á los demás con el falso brillo de la gloria vana, el Cristianismo con su divino Maestro llama felices á los que sufren y padecen, á los atribulados y perseguidos, á los que experimentan angustia y contradicción.

Que de estas dos filosofías sólo la filosofía del Cristianismo merece el nombre de tal, si la razón no lo afirmara, lo acreditaría la experiencia, la cual nos dice que cualquiera que sea nuestro estado y condición, hemos de sufrir adversidades y amarguras, siendo por tanto la resignación y la paciencia los únicos remedios para soportarlas. Con sólo dar una ojeada en derredor nuestro, veremos que los padecimientos y dolores forman, por decirlo así, el patrimonio de la humanidad; que el rico sufre temores y sobresaltos de que no pueden librarle sus tesoros; el pobre las privaciones y miserias anejas

á su estado; el justo, persecuciones y angustias; el pecador, remordimientos; y en general, sufrimos todos un sinnúmero de males, de los que sería empeño vano querer librarnos.

Así, la Religión católica muestra su celestial sabiduría, prescribiéndonos la paciencia y la resignación para sobrellevar las tribulaciones; enseñándonos á sufrirlas con fortaleza, nos dota del valor que por nada se abate ni doblega; é invitándonos á buscarlas y soportarlas con alegría, da á nuestras almas aquel temple sobrenatural que nos eleva y enaltece sobre las miserias de esta vida. Siendo de notar, que los méritos y virtudes de cada uno se gradúan ordinariamente por los combates que tiene que mantener y padecimientos que sufrir, y por la disposición de ánimo con que los soporta; pudiéndose afirmar que cuanto más pura sea la vida y más acrisoladas las virtudes, hay que experimentar dolores más acerbos y más terribles luchas; porque habiéndonos señalado nuestro Maestro el camino de los padecimientos con su vida sacratísima y dolorosísima pasión y muerte, hemos de conformarnos con El para participar de sus promesas.

No es maravilla, pues, que las almas más santas, las más allegadas á Dios, hayan sido y sean las que mayores dolores y penas tengan que sufrir; y que los dolores de María que nos recuerda estos días la Iglesia, fuesen más crueles que los de todas las criaturas. Para ello basta considerar que María Santísima es la más privilegiada con los dones del Señor; la que por sus virtudes heroicas se asemeja más á la divinidad; la que Dios escogió y predestinó para digna madre de su Hijo; y que habiendo Este sufrido tan crueles dolores por redimirnos, María Santísima que no tenía más voluntad que la de su Eterno Padre, y cuyo corazón latía al mismo impulso que el de su Hijo amado, debía asemejársele en todo; y hé aquí por qué después de los dolores de Jesucristo, los de María fueron inmensamente mayores que los de los demás mortales, ya se considere la ternura de su corazón, ya los afectos y el vehemente amor con que los padecía.

Para formarnos una idea de estos dolores sin semejanza en la escala de los dolores humanos basta fijarnos en nues-

tras propias tribulaciones, y en las circunstancias de nuestros sufrimientos. Una ligera consideración acerca de los dolores de María, de su intensidad, de su duración y de la ternura del alma que dilaceraban, basta á persuadirnos de que nuestras amarguras no admiten ni aún la más remota comparación con aquéllas. Pero, además, hay otra razón que puede hacernos comprender la suavidad de nuestras penas comparadas con las de María, y es la de que en nuestras mayores amarguras siempre tenemos esperanza de alivio. Nadie hay, en efecto, tan desgraciado en el mundo que en sus aflicciones le abandone la esperanza, bálsamo poderoso que tanto contribuye á minorarlas. Además los cristianos tenemos otro motivo de consuelo, y es el saber que el Señor escucha nuestras súplicas y oye nuestros ruegos, concediéndonos todo aquello que le pidamos si nuestras oraciones van bien dirigidas. Esto es lo que nos anima á sobrellevar nuestros dolores y á tener confianza en aquel Dios que es infinitamente poderoso para consolarnos. Esto es lo que sucede á todos en sus desgracias, en sus aflicciones y adversidades; nunca nos falta algún consuelo en nuestras tribulaciones; mas, no así en los dolores de María, la cual siendo más pura que los ángeles y sin la más ligera sombra de pecado, no tuvo en sus aflicciones los consuelos que nosotros tenemos en las nuestras. Ningún género de reflexiones podía aminorar sus penas acerbísimas; de manera que podemos decir con San Bernardo, que su vida fué un martirio continuo, una efusión perenne de sangre.

Porque María sabía infaliblemente, puesto que Dios se lo había revelado, que, aquel Hijo á quien amaba más que todas las madres del mundo á los suyos; á aquel Hijo no engendrado por el consorcio de varón, á aquel Hijo que era al mismo tiempo su Dios, había de verlo un día expuesto á las burlas de todos, escupido, abofeteado y muerto en una Cruz, como si fuera un malhechor. Y como si no lo hubiera sabido, como si este pensamiento no fuese el cuchillo que traspasaba su alma á todas horas, hé aquí que á los pocos días del nacimiento de su Hijo, al ser presentado en el Templo, ya se lo recuerda el santo Simeón, ya le dice que aquel Hijo será

puesto por señal á la que se hará contradicción. ¿No bastaba este conocimiento para dilatar el corazón de esa madre amantísima, y para acibarar todos los días, todas las horas, todos los instantes de su vida? ¿Quién no se compadece de una madre que presencia la agonía de su Hijo, y ve que sus fuerzas se debilitan, hiélanse sus miembros y que por momentos se apodera de él el frío de la muerte? En esta situación, pues, se encuentra esta madre tierna, para quien la vida de su Hijo es una continua agonía, pues que á todas horas se le representan las injurias y escarnios que ha de sufrir, los clavos que han de taladrar sus manos y sus pies, y el suplicio infame en que ha de verle expirar ¡Ay! ¡Cómo resonaría y llegaría á su atribulado corazón el eco de estas ó semejantes palabras! A ese Hijo á quien tanto amas, verás un día en la Cruz. A este Hijo á quien nutres, á quien acaricias, en quien tienes puestas todas tus complacencias, le nutres para la Cruz, le conservas para la Cruz; cada día transcurrida es un paso para la Cruz.

Bien es cierto que llegaron á ella los ecos de aquella armonía celestial con que los ángeles anunciaron el nacimiento de su Hijo, que recibió el homenaje de los pastores y presencié la adoración de los tres reyes sabios; pero entonces mismo se le representan las tinieblas del Calvario, la gritería del pueblo amotinado que pedirá la muerte de ese mismo Hijo, y las maldiciones y escarnios de que ha de ser objeto. En vano huye á Egipto para librarle del furor de Herodes; porque entonces mismo piensa que le guarda para la sentencia de Pilatos. Pudiera hallar alguna complacencia al verle sentado disputando con los doctores de la Ley; pero esta complacencia se desvanece al considerar que aquellos mismos doctores y aquel mismo pueblo han de sentenciarle y pedir su muerte.

¿Qué dolor, pues, podrá compararse á su dolor? ¿Dónde hallaremos un corazón que haya sido tan terriblemente destrozado como lo fué el tierno y amante corazón de María?

Pero no bastan los tormentos que durante su vida padeció al considerar los de su Hijo amado, sino que asiste al monte Calvario á contemplarle pendiente de una Cruz, agu-

jereadas sus manos y sus pies, desgarrado su costado, su cuerpo descoyuntado y expuesto á las befas y burlas de una plebe impía. ¡Oh! ¡Con cuán pocas palabras nos indicó el Evangelista S. Juan los agudos dolores de María al pie de la Cruz! «Junto á la Cruz, dice, estaba María su Madre.» Allí estaba María presenciando los dolores de su Hijo, y no hay para ella ningún consuelo. ¿Qué madre ha podido presenciar escena tan terrible? La madre de los macabeos asistió á la muerte de sus hijos, pero no sobrevivió á tan gran desgracia; al paso que María presencia los tormentos y muerte de su Hijo y apura hasta las heces el cáliz del dolor. ¿Qué son los tormentos de todos los mártires, los hierros candentes, las castas y eculeos, los potros y garfios, las hogueras y todos los suplicios inventados por la crueldad humana para hacer renegar de su fe á los escogidos de Dios, comparados con los acerbos dolores de María Santísima, al pie de la Cruz? Con razón la llama la Iglesia Reina de los mártires, porque padeció más que todos ellos. Con razón dice San Bernardino de Sena, que si su dolor se hubiese podido repartir entre todas las criaturas del mundo, hubiese sido suficiente para que hubiesen muerto todos.

Hemos de reflexionar para comprender esto, que María al pie de la Cruz no solamente sufre como Madre amante de su Hijo sino que contribuyen á acibarar sus dolores, la obediencia que como hizo predilecta de Dios tiene á sus decretos, y la conformidad con su voluntad como esposa del Espíritu Santo. Esta obediencia y conformidad hacen permanecer á María al pie de la Cruz, firme é inmóvil, á la vista de su Hijo Santísimo y sin articular palabra alguna.

Porque siendo María una madre tan tierna, ¿qué cosa más natural, que, llevada de su amor entrañable, se abriese paso por aquella turba, rompiese por entre las picas y espadas de aquella soldadesca, y presentándose á los mismos jueces que decretaran la muerte de su Hijo, les hiciese ver su inocencia, publicase sus beneficios y les echase en cara su crueldad é injusticia en condenar á un inocente? ¿Qué cosa más natural que si no conseguía ablandar los corazones de

sus verdugos, ¡rrompiese en gritos de amargura, y de dolor, ó á lo menos exhortase á su Hijo, como la Madre de los Macabeos, le consolase en sus tormentos, le prodigase palabras de valor y se ofreciese á compartir con Él sus penas?

Mas ¡ay! que María al mismo tiempo que madre de Jesús es hija sumisa y obediente del Eterno, es esposa complaciente del Espíritu Santo, y estos tres amores que arden en agitada lucha en su corazón, le traspasan como espadas agudas y penetrantes. El amor de madre la lleva al Calvario á contemplar á Jesús siquiera sea agonizante, porque sin Él no puede vivir, porque sin Él no hay consuelo para ella; ese amor es el que la impele á dar voces de amargura, á llamar y consolar á su Hijo querido; mas cuando asoman las lágrimas á sus ojos y cuando la palabra viene á su boca, se acuerda de que es hija obediente del Altísimo, y el amor á sus decretos y la sumisión á su voluntad, hace que se detengan sus lágrimas y que la palabra se anude á su garganta. ¡Oh, qué lucha tan terrible de efectos! Paréceme que veo á María frente á su Hijo, puestos en Él sus ojos; queriendo reprender á aquella soldadesca su crueldad; pugnando por acercarse á la Cruz, levanta sus brazos para restañarle las heridas, para limpiarle el sudor, para recoger su preciosa sangre, abrazarse y morir con Él; y que al mismo tiempo permanece inmóvil, baja sus brazos como arrepentida, y hablando con su Dios, exclama: *Fiat voluntastua*. Hágase, Señor, tu voluntad. Hija vuestra soy, y como tal obediente á vuestros mandatos; bien sabéis que en nada quiero desobedeceros; hágase, pues, vuestra voluntad; queréis que muera este vuestro Unigénito; cúmplase, pues, vuestra voluntad, por más que yo desfallezca de angustia y de dolor.

¿Hay amarguras, hay penas que puedan compararse con las que sufre el corazón de esta Madre sin consuelo? ¡Cuán tanta razón podemos exclamar con el Profeta: *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus!*

Luis FALGUERA, escolapio

LA VIRGEN MADRE

Todas las figuras del antiguo Testamento y las del nuevo, aún aquellas más eminentes, sin excluir al Bautista Precursor, «el mayor nacido de mujer» según el sagrado texto, todas palidecen, se aminoran y diríase que desaparecen ante la majestad divina de Cristo Señor nuestro. Todas, menos una: la de la Virgen Madre, que sin llegar á la esfera de la divinidad, aventaja, sin embargo, á las demás criaturas, aún á los más puros espíritus angélicos, en grado tan superlativo, que bien puede aseverarse, con graves Doctores de la Iglesia, que la existencia de María representa una creación aparte. A la manera del astro que sin poder competir con el sol, posee, sin embargo, luz propia tan intensa que se advierte aún entre los esplendores del día, así la soberana Virgen, sin sentarse en el trono de la Divinidad, ocupa no obstante un lugar tan eminente, que su personalidad excepcional no desaparece ni aún ante la adorable gloria del Hombre-Dios que encierra en sí mismo la razón de ser de todas las cosas: *per quem omnia facta sunt*.

¡Criatura divinamente sublime, única concebida sin pecado, sin la más ligera sombra de imperfección, hija predilecta del Eterno Padre, Madre del Verbo encarnado, Esposa del Espíritu Santo, educadora del Niño Dios, arcano de los misterios de nuestra Redención, Virgen y Madre á un tiempo, santuario de la Santísima Trinidad y Reina de Cielos y Tierra!

¿Creeis que con todos estos títulos y la enumeración de tantos favores como le otorgó la Divinidad, se ha expresado toda la grandeza de María? No, ciertamente; que no tanto debemos admirarla por ser Madre de Dios como por haber merecido serlo. La grandeza del título podía otorgarla Dios á otra cualquiera de sus criaturas; la grandeza del merecimiento sólo María pudo alcanzarla. Cuando una mujer, arrebatada por las maravillas de Cristo, exclama:

«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron,» contesta el Divino Maestro: «Mas antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la observan.» Con lo cual afirma, según Beda, que la Virgen Madre es más bienaventurada por haberle concebido en su alma por medio de la fe, que por haberle concebido en su vientre, con ser muy fundado el elogio hecho por aquella mujer.

Si grandes fueron los dones con que Dios favoreció á María, cuales no se los otorgara á otra criatura alguna, también lo es que la Virgen correspondió al Señor en grado á que no ha podido llegar ningún otro mortal, así por el amor, que no repara en sacrificios, como por la conformidad, que los hace todos llevaderos. María no pensaba ni sentía sino en Cristo y por Cristo y todos los actos de su vida corrieron paralelos el plan trazado por el Redentor.

Consagrada al Templo, María no se preocupa más que de la gloria de Dios á quien ama con todas sus fuerzas, potencias y sentidos. Pero desde el momento en que el arcángel Gabriel le anuncia la encarnación del Verbo y ella acepta, al amor de Dios une el amor á la humanidad caída, en el sentido de tomar parte personalmente en su redención, de la cual en definitiva debía recabar Dios toda la gloria que hubiera de reportarle el Universo creado.

Todas las operaciones divinas, desde la aparición de la primera nebulosa hasta la de la vida humana, venían encaminadas á la encarnación del Verbo y al sacrificio del Hombre-Dios; de suerte que los destinos de la humanidad estuvieron pendientes de la boca de María, hasta que la excelsa Virgen hubo contestado al arcángel con aquellas palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum*, que fueron como el prólogo sublime de la Redención de los hombres.

Desde el instante en que le concibió en su vientre virginal, fué María fidelísima cooperadora de la obra de Cristo, y como Cristo al mismo tiempo que Dios era Hombre, ella amó como madre á todos los hombres en Cristo y por

Cristo, sufriendo todas las amarguras, todas las penalidades inherentes á la divina maternidad; y como Cristo quiso sacrificarse por todos los hombres, también María llevó su abnegación hasta el punto de consentir en el sacrificio de Jesús, por modo tal que, en sentir de los Maestros de la fe, sino hubiese habido quien le crucificase, ella—con ser la mejor de las madres, con haber sufrido tanto al pie de la Cruz,—hubiérase convertido en verdugo de su propio Hijo, para que se cumpliera el plan de la Redención. De suerte que si el Verbo se entregó á sí mismo, ella entregó á su Hijo, para salvarnos. Si Cristo fué el Redentor, ella fué Corredentora.

¡Qué mucho que Jesús, momentos antes de expirar, dijera á Juan y con él á todos los hombres: *Ecce mater tua!*

Pero consideremos que si María libró á Jesús sin dolor alguno, el ser Madre de los hombres le costó los más acerbos pesares, nada menos que el sacrificio de su divino Hijo; y entonces comprenderemos por qué al lado de Jesús distinguimos siempre la figura de María, y el fundamento de la confianza con que á ella nos dirigimos llamándola ¡¡Madre!!

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

SUSPIROS

Oh Madre adolorida,
¿Quién contará tus penas
Si exceden en medida
Al número de arenas
Del ancho litoral?

¿Qué lira tendrá notas?
¿Qué lengua tendrá canto,
Para contar las gotas
Que brotan de tu llanto
En limpio raudal?

Oh Luz de mis amores,
¿Por qué al Señor le plugo,
Que fuese en tus dolores

La víctima y verdugo

El Hijo de tu amor?

Si en tí, Dios se recrea,

¿Por qué así te tortura

Sino para que sea

Mayor tu desventura

Más fiero tu dolor?

Cese el dolor que sientes;

No sufras más, Bien mío

Que secarás las fuentes

De mi corazón frío

Ansioso de llorar.

Que llore yo á raudales

Sin tregua, sin consuelo
Para aliviar los males
De tu profundo duelo
De tu cruel pesar.

Que llore yo el pecado
Y sienta sus rigores;
Tu Sol immaculado
Mitiga tus dolores,
No sufras más, por Dios.
¿Qué no? Madre adorada
¿Prefieres que el quebranto
De tu alma acongojada
Prolongue más tu llanto?
Lloremos pues los dos.
Deleite regalado
Es para el alma mía
Llorar junto á tu lado,

Llorar en compañía
De quien tanto lloró,
Mezclar, puesto de hinojos
Al pie del Arbol Santo
El llanto de mis ojos
Con el amargo llanto
Que en tí el dolor vertió
Si mi débil lamento
La hiel no dulcifica,
Que amarga el sufrimiento
De tu martirio, explica
A mi alma que ha de hacer;
Que por calmar las penas
De tu afligido pecho
La sangre de mis venas
Alegre y satisfecho
Por tí yo he de verter.

Sabadell, Marzo de 1903

JAVIER SANTAEUGENIA, *Escolapio.*

AMOR A LA CREU

A mon condeixeble Antoni Font

Jesús tant ayma á la creu,
que d' ella may se 'n separa;
de nit, quan se 'n va á dormir,
ab ardent amor l' abraça;
y damunt d' ella se extén
fins al matí al pintar l' alba.

Prou li 'n ha fet un breçol
Sant Joseph, son aymat pare,
y prou de molça li ha omplert
María, sa dolça mare;
mes, Ell, arribant la nit,
de breçol ne pren un altre;
puig damunt la creu s' ajau,
damunt la creu que tan ayma.

A sa testa una corona

per coixí, se 'n ha posada;

mes ¡ay! no feta de flors,

ni de molça regalada,
sinó d' espines crudels,
que 'n son diví cap se clavan.

Quan está ben adormit,
los àngels del cel devallan;
lo posan dintre 'l breçol,
y sa aymada creu li amagan;
mes Jesús, que tot ho veu
'ls hi diu eixes paraules:
—Portaume ma aymada creu,
jo li vull da una abraçada
puig dalt d' ella he de gorir
à l' humanitat ingrata.—

J. VIVES.

ALMA ESPAÑOLA

**A propósito del libro «Mi peregrinación á Roma»
de S. A. R. la In'anta doña Paz.**

Habíamos acabado de oír en la capilla del Santísimo de San Pedro la misa de peregrinación celebrada por nuestro Eminentísimo cardenal Casañas y ya nos disponíamos á retirarnos, cuando una noticia agradable circuló con rapidez entre los peregrinos. La infanta D.^a Paz se hallaba entre nosotros y como nueva romera había recibido la Sagrada Comunión, sin distinción de ningún género. En efecto, bien pronto S. A. saludó á S. E., mientras una humilde peregrina me decía que aquella señora que decían era infanta española había estado arrodillada junto á ella durante el Santo sacrificio, como lo hubiera podido hacer la más modesta aldeana.

Aquel acto de la infanta cautivó los corazones de todos y si alguno había que soñaba en ir el martes á Venecia, para después de ver al Papa, saludar al Rey, como él decía, éste no tuvo más remedio que confesar le había entusiasmado el hecho realizado por Su Alteza.

Sentía yo deseos de conocer personalmente á la que tanto había admirado por sus obras piadosas, por sus tiernas poe-

sías, por sus escritos netamente castizos y sin saber como, fiado en sus bondades, atraído por la sonrisa de sus labios, por la dulzura de sus palabras, me acerqué á S. A. le besé respetuosamente la mano y cambié con ella algunas palabras y entonces comprendí perfectamente era española y muy española la Princesa de Baviera.

¡Cómo gozaba al verse rodeada de hijos de España! Había abandonado su palacio de Nymphenburg para, como católica, satisfacer las ardientes aspiraciones de toda su vida: saludar al Sumo Pontífice, y para admirar como artista las bellezas de Roma; pero no había pensado que en la Ciudad Eterna sentiría latir su corazón con afectos del puro españolismo, no había imaginado que estando en Roma, pudiera hallarse como si estuviera en España, al encontrarse entre españoles.

Por esto quiso acudir por la tarde de aquel día á la función religiosa que se celebraba en la Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, por esto quiso pasar por entre los peregrinos al ir á la tribuna que le estaba reservada, por esto recibió gustosa la medalla de peregrina y la prendió á su mantilla, por esto agradeció fuera la audiencia pontificia de la peregrinación española en uno de los días de su permanencia en Roma y por esto se complació en hablar con los españoles y recibir en sus habitaciones del convento de monjas inglesas á alguno de aquellos, que le hablaron de España y de su Rey y demostraron sus afectos hacia quien tanto amaba á España.

¡Y cuánto la ama! Al anunciarme el envío de su libro *Mi peregrinación á Roma*, que ya he saboreado y cuya lectura ha motivado este escrito, me decía «es un gran consuelo para mí ver que los españoles no me olvidan y me quieren tanto como yo los quiero á ellos» y en este libro, dietario del viaje de S. A. á Roma, escrito en alemán y traducido por ella misma al castellano, descubre toda su alma española, patentízase todo su amor á nuestra tierra, á la tierra donde nació y donde pasó sus años juveniles.

Los primeros pasos en Roma son para recordar á España, y así nos cuenta en su libro que el primer día de estar en la Ciudad Eterna fué su primer visita para San Carlino «mandé

mis alemanes al *Germanicum* y me dí la alegría de arrodillarme en San Carlino, en el suelo, entre criados españoles» y cuando fué más tarde al seminario alemán quiso saludar al General de la Compañía de Jesús, que es español, y entonces supo estaba á punto de llegar nuestra peregrinación. «No podía casi creerlo, escribe S. A., ¡era tanta mi alegría!» y entonces siguió sintiéndose, si cabe, más española y recorrió varias iglesias de españoles y quiso saludar al cardenal Vives, nuestro ilustre compatriota, y allí supo la llegada al día siguiente de los peregrinos.

Anhelaba ya ver á algunos de ellos y Dios hizo que después de haber sido recibida y agasajada afectuosamente por Su Santidad el Papa, se encontrara con un sacerdote español, antiguo capellán del Palacio de Madrid, quién al reconocerla y saludarla hizo vibrar en su corazón el primer saludo de la patria.

Y en cada página del libro de la Infanta puede decirse se encuentran nuevas muestras de cariño á España; había ido á Roma á ver al Santo Padre, y después de haberlo logrado sólo buscaba encontrar españoles y en San Pablo recibió el primer obsequio de ellos: la guía de la peregrinación que le ofreció un modesto matrimonio castellano, la cual le sirvió para conocer el itinerario de los peregrinos.

No dejó de acudir á los cultos señalados para el día siguiente, y entonces fué «cuando nos dimos á conocer recíprocamente:» los peregrinos y la infanta, y si aquel día lo pasamos juntos, al siguiente recibió S. A. D.^a Paz muestras de respeto y amor por parte de los españoles al vitorearla cuando entró en la galería de las Cartas geográficas para asistir á la recepción de los españoles por Su Santidad León XIII, grandioso acto, día feliz que jamás se borrará de mi memoria.

Hasta *sus alemanes*, como llama la Princesa de Baviera en su libro á los príncipes, sus hijos, á su cuñada y á sus criados, se sentían españoles y compartían con la Infanta su inmensa alegría, y no digo nada de la Princesita Pilar, á quien pocos españoles vieron, pero á la que tuve la dicha de saludar, descubriendo su contento porque hablaba con un español y en

la lengua de Cervantes, lo cual le compensaba en parte del disgusto experimentado por no haber podido, á causa de ligera indisposición, estar con nosotros. Es la princesita de aquellos seres destinados á labrar la felicidad de un pueblo.

Hasta su último saludo para Roma quiso fuera trasmitido por los españoles con grandes muestras de amor á ellos, y así, después de haberla despedido en la estación muchos de nosotros, desahogó sus sentimientos en una patética poesía que lei en la velada del Colegio Español. Razón tiene, pues, S. A. al escribir que mientras componía los versos: «Sobre el Brénner nevaba; pero no me importó: traía el sol en el alma.»

Y he llegado á la última página del lujosamente editado libro, del que he querido dar cuenta, y me encuentro que más que de él he hablado de su autora, pero es que á través de la filigranada forma de su exposición, á través de sus impresiones y sentimientos, he descubierto esta alma española, que allá en Munich ama tanto á España y hace amarla tanto.

COSME PARPAL Y MARQUES

24 Marzo 1903.

GRANDEZA DE UN CURA

(Continuación.)

La fe de D. Ceferino recibió su galardón, y merced á ella, mi pueblo enorgullécese con un palacio levantado á la Caridad, sencillo en sus líneas, pero de superabundante amplitud. Gobiérnale una Junta compuesta de escogidísimas personas, y el servicio de los ancianos y enfermos albergados encuéntrase á cargo de cuatro ó cinco monjas catalanas, del mismo *riñón* de Cataluña, modelos de humildad y beneficencia. Cuenta ya el pío instituto con un capital de diez mil duros, formado casi todo él por generosidades testamentarias, y el creciente amor al Hospital que ha enseñado, mediante su ejemplo, nuestro grande hom-

bre, hace presumir que esos caudales aumentarán en la cuantía necesaria para que, de sus rentas, ampliamente se costeen los servicios de la bendita casa.

Desde el pintoresco jardincillo que sirve de ingreso á la fachada principal, un grupo de catorce ó quince personas contempla la hermosura melancólica de la vega, cuando la tarde muere; son los ancianos, de aquel palacio señores... Míralos el mundo compasivamente, y ellos le devuelven su misericordia, recomendándole que la guarde para sí... Cobijados en aquel santo lugar, obra magna del ilustre mendigo que, para los desamparados, pedía limosna de puerta en puerta, viven en la beatitud de su presente decoro, sin anhelar otros horizontes, aquellos *pobres-ricos*; mientras que, en el caos de las ambiciones humanas, luchan por la mayor fortuna, siempre recelosos, siempre ceñudos, siempre calenturientos; empujándose, mordiéndose y destrozándose, los *privilegiados* de la suerte: los *ricos-pobres*.

VI

La feliz empresa del Asilo cierra lo que pudiera llamarse primera época en la historia del señor Calderón. Antes de que acometiera esa grande obra, tal vez fué disculpable la duda en los que no escucharon su palabra, y en aquellos otros que no veían de cerca sus grandes ejemplos; pero desde que la fábrica del Hospital destacó sobre el cerrillo que la sirve de emplazamiento, ante la muda confesión de aquel testigo de piedra, únicamente la demencia pudo seguir distanciada y negando... Las prevenciones se replegaron é inclináronse los odios en homenaje á la gran figura, y una voz unánime, la voz de nuestro pueblo, de la comarca, de la Provincia entera, reconocía, como fundamento del triunfo, la constancia de un hombre apostólico, proclamando aquella férrea voluntad del Cura de Torrelavega con estas cuatro palabras: *es un gran carácter*.

Mientras tanto, el obrero incansable proseguía su espinosa tarea. Para él, como para todos los corazones levantados, hay siempre un *más allá* en sus anhelos insaciables

por la ventura del próximo; bien así como, para los cerebros potentes y para las actividades estudiosas, otro eterno *más allá* existe, que les brinda su conquista en el campo sin confines del saber humano.

Teníamos Hospital los torrelaveguenses, y con él, pan y sosiego los pobres que en la gran institución pudieran ampararse; pero hay miserias que no buscan el techo de un *asilo* para guarecerse, y tales desventuras no podían quedar sin el auxilio de la beneficencia. Menesterosos viven muchos que, por sentimientos disculpables, no extraños casi siempre á la delicadeza que en la cuna se adquiere, rehuyen mostrar al mundo la tragedia de su penuria, y lloran en huraña indigencia la ruina de un nombre *que fué*. Otros dolientes hay que antaño vivieron felices con el fruto de honroso trabajo, y se niegan, cuando llueve sobre ellos la racha de calamidades, á confundir su miseria entre la turbamulta de mendigos que tiene por oficio la vagancia, por escudo la inmundicia de su vocabulario, por religión la de *pedir* á los que van á la iglesia y por tálamo una vergonzosa promiscuidad.

Es necesario buscar á los unos y á los otros, para llevarles algún lenitivo; es necesario que la caridad suba ó descienda escaleras, y llegue á las bohardillas y á los sótanos, con el fin humanitario de escudriñar la sordidez que impera en el seno de los tugurios; esa miseria tremenda, porque en la soledad crece y se ahonda con el discurso; esa miseria enemiga del sol que iluminó los días prósperos...

¡Qué hermoso abrazo el de la humilde caridad, que se desliza en la sombra, con la indigencia que en la sombra vive! ¡Qué inmensa misericordia la del que busca el rastro de los pobres vergonzantes, y les lleva, con las dádivas materiales, el consuelo de pertenecer á un mundo y á una raza, de nuevo bendecidos, en la explosión del júbilo, por el que ya cien veces los maldijera, solitario y hambriento, náufrago y desnudo, prontamente olvidado en su prematuro sepulcro, mientras escuchaba las alegres risas de los que se llamaron sus amigos, ligeras mariposas abstraídas en

su eterno vuelo de locura en locura y de festin en festín!...

El Párroco de Torrelavega conocía esos dramas íntimos de ciencia propia, conforme se ha indicado en anteriores páginas, y, meditando sobre ellos incesantemente, reúne sus legiones, establece, con número mediano de caballeros y señoras, las llamadas *Conferencias de San Vicente de Paul*, y, desde entonces, la *Caridad Cristiana* sube animosa las escaleras del lúgubre sotabanco, para evitar que se pierda entre las tinieblas, ó que ensucie su brillante ropaje con el moho de las paredes, la hueca, resonante, moderna y bombeada *fi-lan-tro-pía*.

Ya observarás, lector, que el Párroco ilustre ataca y reduce á la miseria en sus últimos baluartes, logrando proscribirla en cuanto abarca la esfera de acción que su enérgica voluntad incansable recorre; pero una vez satisfecha el hambre, y calmado el frío de los menesterosos, la atención del eximio pastor recógese y enfoca sobre aquellas orfandades de la inteligencia, y sobre aquellos extravíos del sentimiento, que redoblan la desgracia de los pobres, y provocan la zozobra de los más afortunados y los constantes bamboleos del orden social. La ausencia de sus favores con que la suerte castiga á la inmensa mayoría, no debe nunca extenderse á los bienes intelectuales y morales, siquiera el reparto de los primeros exija la norma de alguna cautela, para no crear generaciones ahitas de vanidad, y del espíritu práctico abandonadas.

Ya existía, de bastantes años, en Torrelavega una sociedad constituida por damas piadosas, al frente de la *escuela dominical*. Era la institución medicina salvadora para las jóvenes que en la Villa se dedicaban al servicio doméstico y para las muchachas de los cercanos pueblecitos. Allí las distinguidas *instructoras*, místicas jardineras, desbrozaban mañosamente lo inculto, extraían las malas yerbas de lo poquísimo cultivado, y preparaban, con tacto singular, el primer brote de esa planta difícil que se llama *delicadeza*, entre las protestas, cada vez más tenues, de la

nativa ordinariez y de las burdas costumbres. Institución fundada en obsequio á la clase humilde, y para celosa custodia del pudor, á cierta edad y en determinadas condiciones del vivir, harto bloqueado por el gavilán eterno... ¡cómo había de rehusar tu cita la beneficencia el Sacerdote insigne que es todo misericordia!... No falta, no... En el seno de la *escuela*, busca sus paternales expansiones de la *fiesta* el señor Calderón, y su palabra, jamás rendida, tiene para las alumnas el tercer discurso (que otros dos en la iglesia, cuando no tres, suelen precederle) al paso que infundiendo en las profesoras los simples reflejos de su Genio cristiano, las fortalece con la ejemplaridad de su incesante magisterio y de su resignado sufrir; y así inspira todas las abnegaciones que aquellas damas selectísimas depositan en el común acervo de una obra civilizadora.

¡Oh ley de los contrastes!... ¡cuantas veces nos muestras, en un solo parangón, la línea divisoria del Bien y del Mal, de la salud y de la muerte; del esplendor y las tinieblas!... Mientras el *modernismo* espera á la incauta sirviente y á la candarosa labriega en cualquier baile de *candil*, para envilecer su mocedad, llevándola, por sendas torcidas, al estercolero donde bullen, agusanándose, todos los desechos humanos; el Clérigo reaccionario, enemigo de la luz... y de tan *danzante* progreso, anúncialas el peligro de naufragio, y las ofrece puerto de salvación en la disciplina tolerante de aquella periódica enseñanza, y en el trato ameno de las cristianas señoras, por la Religión erigidas en *hermanas mayores* de las que nacieron oscuras, y oscuras vegetaron en la rusticidad de su aldea.

¡Comparad vosotros, *Marats* de tres al cuarto, *Voltaire* de guardarropía, *Dantons* de camama y *Desmoulins* de pega; comparad, y decidnos en cual de los dos extremos reina la sombra, y en cual otro resplandece la civilización!...

Su Santidad León XIII, publicó la Encíclica *Rerum novarum* sobre la condición actual de los obreros, y en

aquel documento maravilloso, y en otras excitaciones posteriores, dirigidas á notabilidades y á pueblos diferentes, recomienda la enseñanza de la juventud artesana, y la creación de centros que atraigan honestamente á los menestrales, alejándolos de las tabernas y bodegones, de la embriaguez y del juego ilícito; yugos que á su indignidad los sujetan, y escenario que suelen escoger los propagandistas de ideas disolventes, á fin lucir sus argumentos maquiavélicos ante la ignorancia de unos cuantos alcoholizados... La voz augusta del Pontífice reclama el esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad, para el amparo de los humildes contra la tiranía de los burgueses, y contra esa otra tiranía más horrible aún; la de las propias desahoradas pasiones que, sin el dique religioso, llevan á los *postergados* hasta la protesta violenta, que se enardece con sus mismos ecos, y, en un día infausto, dispone la bomba, carga el revólver, ó afila el puñal del anarquismo.

Ya nuestro Cura se había preocupado, mucho antes de la fecha en que apareció el célebre documento pontificio, meditando sobre los estragos crecientes que en la masa obrera causaba la propaganda comunista; y entendiendo siempre que los más amenazados son los jóvenes, por la exuberancia de la sangre, la falta de reflexión, y el prurito de aceptar todo lo que viniere, si es que lo empujan aires de novedad; trató de oponer cristianas prevenciones al redoblado avance de las malas doctrinas, estableciendo la *Academia de la Juventud Católica*, en la cual reunió hasta catorce ó quince jóvenes de familias distinguidas, que ejercían de *maestros*, y una cincuentena de muchachos artesanos, placenteros discípulos del Párroco y de sus auxiliares.

Difundidos por el mundo los rayos luminosos de la Encíclica, D. Ceferino fundó, así que los tiempos le fueron propicios, un *Círculo Católico de Obreros*, institución más abarcativa que la *Academia*, y en la cual refundióse la segunda, constituyendo los dos elementos, casino y escuela, una *piña* importantísima de católicos, en la cual fraternizan cien socios *protectores* con otros cien artesanos.—Los

que desean la muerte de esa nueva fundación del gran Sacerdote y patricio, augurando mal de su lánguida existencia, vaticinando que nunca tendría elementos para vivir; mas escucha, lector á lo que llega D. Ceferino con su arma invencible, con su «¡Dios proveerá!»—Después de ocho años, muy pocos días hace que se trasladó el Círculo á un local harto más espacioso y bien decorado que el antiguo. ¡Elocuente señal *de ruina!*... ¡Ah!... no... Vivirá pujante mientras sobre la tierra subsista D. Ceferino Calderón; y, después que él nos falte, *vendremos* obligados á mantener su obra los que *seamos* distinguidos con el honor de recoger y cumplir su *testamento*. Cuando llegue ese día, que será de hondísimo duelo para nosotros, custodiaremos el Círculo con la mirada fija en lontananza, porque, ó las señales de los tiempos mienten, ó los *centros católicos de artesanos*, hoy son los viveros, y mañana serán los cuarteles del ejército que defienda la bandera de Cristo en la espantosa *lucha social* que nos reserva el porvenir.

* * *

Reducido á un índice cuanto va dicho en el presente capítulo y en los que anteceden, importa, lector, que sometas á la guarda fiel de tu memoria este cuadro en que palpita el compasivo espíritu de D. Ceferino Calderón; su caridad en la esfera pública:

Fundación del Asilo-Hospital.

Fundación de las Conferencias de San Vicente de Paul, y de su mística hijuela *El Pan de San Antonio*.

Incremento de la Escuela Dominical.

Fundación del Círculo Católico y Escuela Nocturna de Obreros.

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ Y RAMÓN

(*Se continuará*).

—